



Gerbaudo, Analía. "Algo más sobre Josefina Ludmer, sus 'espigones' y sus clases".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, noviembre de 2022, vol. 11, n° 26, pp. 14-30.

Algo más sobre Josefina Ludmer, sus "espigones" y sus clases

A little bit more about Josefina Ludmer, her "jetties" and her lessons

Analía Gerbaudo¹

ORCID: 0000-0001-9969-8004

Recibido: 25/07/2022 || Aprobado: 30/08/2022 || Publicado: 17/11/2022

Resumen

Este artículo exhuma parte de las clases dictadas por Josefina Ludmer en la Universidad de Buenos Aires entre 1973 y 1974 con el objetivo de volver sobre dos puntos que atravesaron su obra: 1) su apuesta a la emancipación vía el conocimiento; 2) sus aportes teóricos o "espigones". Entre estos, se hace foco en uno: "tretas del débil". Se analiza cómo este espigón se empezó a bosquejar en sus clases de 1974 mientras se establecen relaciones con otros y con hipótesis que atravesaron algunos de los debates del subcampo de los estudios literarios en la Argentina de las últimas cuatro décadas.

Palabras clave

Josefina Ludmer; tretas del débil; espigones; teoría; agencia.

Abstract

This article exhumes part of the lessons taught by Josefina Ludmer at the University of Buenos Aires between 1973 and 1974. This exhumation makes it possible to consider two key topics of her work: 1) her belief in the emancipation through knowledge; 2) her concepts or "jetties". On focus on one of her jetties: "tricks of the weak". We will analyse the place it had in her lessons of 1974 and its relations with other jetties and hypothesis that had a central role in some of the discussions of the subfield of literary studies during the past four decades in Argentina.

Keywords

Josefina Ludmer; tricks of the weak; jetties; theory; agency.

¹ Doctora en Letras Modernas por la Universidad Nacional de Córdoba. Investigadora Independiente del CONICET. Enseña Teoría Literaria en la Universidad Nacional del Litoral. Contacto: analía.gerbaudo@conicet.gov.ar.



Más de un grito...

Cuando un poco en broma, un poco en serio, Daniel Link asoció el *Aquí América Latina* de Josefina Ludmer con el “Aquí Cosquín” (“me retrotraía al grito que dominó varios de mis veranos de infancia” [Link, “Sobremesa”]) no hizo más que llamar la atención sobre la posición de agencia que marcó su obra. Esa que se supo reconocer en “Tretas del débil”, texto leído en el *Encuentro de escritoras latinoamericanas* realizado en Smith College en 1982 y publicado dos años después en *La sartén por el mango*. Esa que se advirtió cuando visibilizó las condiciones de fabricación transnacional tanto de la literatura como del pensamiento que puede, eventualmente, reconocerse como “teoría” aunque, por lo que se expone en lo que sigue, tal vez sería más congruente llamar “espigones”².

Ya ha corrido bastante tinta sobre las incomodidades generadas por una de las hipótesis más corrosivas de Ludmer: “se vende lengua” (Ludmer, “Panel”). Por poner solo un ejemplo de su recepción diferencial en dos eventos organizados con siete años de intervalo en la misma institución, la Universidad Nacional del Litoral: celebrada en 2007 durante un encuentro de nombre pretencioso (III Argentino de literatura) y rechazada por buena parte de lxs asistentes al X Congreso de Hispanistas que tuvo lugar en 2014, la frase trastorna por exhibir lo que se prefiere poner bajo la alfombra. A saber, el carácter muy relativamente autónomo de campos y de agentes –que se quieren menos constreñidos de lo que están (hablo fundamentalmente de escritorxs pero también de traductorxs, profesorxs e investigadorxs)–.

Ludmer ponía espejos que se prefería no mirar dada la imagen que devolvían. Sus planteos alrededor de lo que se reconocerá tanto en las luchas feministas como en los “Subaltern Studies” se advierten muy temprano: “él decía que para hacer teoría yo partía de problemas concretos, literarios, y él partía de problemas teóricos, e iba de allí a la literatura; y que yo había dicho que lo hacía porque era mujer” (Ludmer, Clase 4 2). El aludido es Walter Mignolo. Se trata de un episodio desencadenado en las primeras clases de su mítico seminario *Algunos problemas de teoría literaria* dictado en 1985 en la Universidad de Buenos Aires. Ludmer discutía los postulados de aquel joven Mignolo de cuyo viraje decolonial bien podría considerarse una de sus impulsoras, dado el agujoneo al que sometió sus formulaciones sobre la “discusión internacional” (Ludmer, Clase 4 2) –que bien podrían asociarse, dado un supuesto epistemológico de base compartido, a las discusiones que hoy se cifran alrededor del término “impacto”, desde ciertos sectores de las humanidades en los organismos de ciencia y tecnología–: cada vez que se le recomienda a alguien que trabaja en el subcampo específico de los estudios literarios que publique “en revistas de impacto internacional” se incurre en ignorancias similares a aquellas que Ludmer sancionaba en Mignolo en los primeros años de la restitución democrática.

Lo que está en debate es la imposición de una lógica de trabajo abstraída tanto de las fricciones y de las necesidades de los espacios sociales específicos como de los determinismos transnacionales que, aunque no deterministas, se manifiestan muy influyentes. “Mujer quiere decir no estrictamente la función sexual. Quiere decir cualquier posición de dominado (...). Negro, judío, proletario” (Ludmer, Clase 4 2), señalaba Ludmer mientras, junto a la mención de las precarias condiciones materiales de la universidad pública de la Argentina de los primeros años del primer ciclo de la posdictadura, esbozaba una definición expandida de “subalternidad” y una muy vanguardista de “teoría”: “los problemas teóricos que nos podemos plantear, con todas las herramientas e instrumentos que nos da la reflexión teórica más avanzada, tienen que

² Fue Jorge Panesi quien tradujo como “espigones” el término que había utilizado Jacques Derrida al “solicitar” (es decir, al hacer temblar) algunas de nuestras taxonomías académicas en una presentación en la que recurrió a dimensiones de análisis cercanas a las utilizadas por la sociología, al momento de estudiar la circulación internacional de las ideas (cf. Derrida, “Some”; Panesi, “Diques”; Gerbaudo, “Espigones”).

ser los problemas que hacemos surgir de nuestras necesidades” (Clase 4 2). La cercanía con lo que, apenas dos años después, Derrida llamará “espigones” es notable: “No traemos una problemática teórica armada y después vemos qué relación tiene con la literatura; procedemos a partir de lo concreto (...) y del uso” (Clase 4 2).

Ludmer incorporaba a la escena de aula de un seminario de teoría, dictado en una universidad argentina (periférica en el concierto transnacional pero, por aquellos años, indiscutible polo central del subcampo recortado desde el perímetro nacional), el escudriñamiento de las condiciones de posibilidad de producción de teoría en clave de autosocioanálisis (Bourdieu): “Me incorporé el año pasado a la Facultad, después de diez años fuera de ella. Si en esos diez años se hubiera podido hacer un trabajo continuado (...) estaríamos todos investigando (...) y debatiendo otro tipo de cosas” (Ludmer, Clase 26 13). El deseo de poder dar, “dentro de un tiempo”, un seminario sobre “la nueva Teoría en Argentina” (Clase 26 13) se veía amenazado por la discontinuidad de las políticas públicas (marca estructural de los campos científicos y educativos en nuestro país, dependientes del inestable campo estatal): “Se supone que, lamentablemente, tenemos que empezar de nuevo. Y además, no sabemos si este trabajo va a ser continuado” (Clase 26 13).

¿Qué es lo que había que “empezar de nuevo”? ¿Cuántas veces Ludmer ya había empezado de nuevo en Argentina? Entre su trabajo en la Rosario de “los años Prieto” (Podlubne 12-19) y esta inserción en la UBA de “la época de oro de la carrera de letras” (Link, *La lectura* 156), hubo otra experiencia docente. Tan mítica como breve, su práctica en la “universidad montonera” es el otro antecedente que, junto al de las “catacumbas”, revelan las razones de su insistencia en el potencial libertario de la teoría. Con fantasías de nano-intervención ajenas a los voluntarismos-voluntaristas, anclaba las posibilidades de acción, ya desde entonces, en un aquí, en un ahora y en un nosotrxs descriptx con humor (más cerca de la caricatura que de la idealización y/o de los prototipos heroicos). La posición de agencia que se ha reconocido a partir de lo propuesto en sus publicaciones se moldeó en ese espacio que Link ha caracterizado como el lugar “de todos los intercambios” (“Posiciones” 16): la clase. En este caso, sus clases de los años setenta.

Ni aséptica ni neutral

“Uno transforma mientras exhuma”, decía Jacques Derrida (“Biodegradables” 821) y, pareciera, decía bien. Exhumar las clases dictadas por Josefina Ludmer junto a Noé Jitrik en la Universidad de Buenos Aires entre setiembre de 1973 y setiembre de 1974 descubre cómo ya entonces, en ese laboratorio que constituye la escena de aula, bosquejaba algunos de los problemas que atravesaron sus planteos. Un rastreo archifilológico a lo Raúl Antelo (ese modo de leer tramitado desde el titubeo del “habrá sido” antes que desde la certeza del “fue” [Antelo, *Archifilologías, En muerte*, Clase]) permite detectar que esos enunciados que, en pleno siglo XXI, escandalizaron dadas sus afirmaciones sobre las “políticas imperiales” verificables a partir de los usos de la lengua pensada como “capital” y también como “recurso natural” (Ludmer, “La lengua” 32), se anudan a preocupaciones que, ya desde sus comienzos, atendían a todo aquello que cercenara la autonomía de la literatura.

“¿Cuánto da la lengua? ¿y a quién?”, interrogaba con desparpajo mientras afirmaba que “en Latinoamérica la lengua no da casi nada si nos fijamos en el PBI pero en España da el 15%” (Ludmer, “La lengua” 33). No moralizaba: solo describía. Presentaba datos. Tampoco moralizó Alejandrina Falcón cuando expuso los construidos en una investigación llevada adelante por esos mismos años: cuesta escuchar que hablar de “exilios cruzados” (para dar cuenta del de lxs españolxs en Argentina durante la guerra civil de su país y del de lxs argentinxs en España después de la “primavera camporista” y hasta el fin de la última dictadura) es apelar a “espejos

que deforman” dado que “obturación condiciones de trabajo desiguales” (221). Cuesta escuchar que tanto las operaciones de eclipse de la variante rioplatense vía las traducciones realizadas por lxs argentinx exiliadx en España (cf. Falcón) como el “se vende lengua” (cf. Ludmer) no hacen más que visibilizar las tensiones entre lo posible y lo pensable, en un espacio transnacional transido por las asimetrías tanto entre lenguas y sus variedades como entre países de origen (dadas sus representaciones en los de llegada), y, por lo tanto, entre agentes provenientes de esos países (ya sean escritorxs, traductorxs, profesorxs y/o investigadorxs).

La enrevesada relación entre lengua, trabajo y geopolítica no le pasaba desapercibida a Ludmer al punto que, desde esa clave, podrían releerse hoy todas sus intervenciones. En el mismo momento en que se producían estos acontecimientos que Falcón estudiará cuatro décadas después, durante una clase dictada el 8 de octubre de 1973 en Literatura Iberoamericana,³ deslizó un comentario cuya densidad probablemente se aprecie mejor hoy, a la luz de una serie de investigaciones que, a partir del estudio de publicaciones y de traducciones en el espacio transnacional, alertan respecto de “la desigualdad de las lenguas”, de sus variedades y “de los grupos humanos que las hablan” (Falcón 219). En aquella clase, Ludmer advertía que *The Buenos Aires Affair* “fue escrita para ser traducida sin dificultades” (Clase 15 9). “No hay ningún argentinismo” (Clase 15 9), observaba, mientras se apresuraba en resaltar la parodia del registro periodístico internacional ensayada por Puig al componer los discursos de “la agencia noticiosa que tiene que vender a todos los países de Latinoamérica la misma noticia” (Clase 15 10). Importa resaltar que se trataba de una novela entonces reciente de ese escritor que, además de su amigo, era ese narrador fuera de serie que había logrado capturar la atención de aquel otro escritor inmenso, Juan Goytisolo, entonces empleado como lector de Gallimard en su exilio (cf. Hidalgo Nácher 232-260): fue gracias a su mediación que Puig habría ingresado al catálogo de la prestigiosa editorial francesa (Goytisolo).

Casi cuatro décadas después, desde una inteligencia desprovista de melancolía y con eficacia filosa para describir, Ludmer puso en serie a Puig con Severo Sarduy mientras, sin pretenderlo, contribuyó a despejar por qué el escribir para ser traducido tenía una función de sobrevida literaria y de subsistencia económica y laboral:

Los dos representaron la transgresión en todas sus formas: transgresión discursiva, erótica, literaria y política. [...] En su momento fueron escritores escandalosos pero yo los reivindicaría hoy como escritores políticos. Fueron prohibidos y acosados por la censura latinoamericana; en el caso de Puig (que es el que más conozco) desde el comienzo mismo de su escritura: *La traición de Rita Hayworth* (1968) fue censurada en España y en la Argentina. Triunfó en Francia con la edición de Gallimard. En 1973 *The Buenos Aires Affair* fue secuestrada por la censura porque se representaba allí la masturbación de una mujer. *El beso de la mujer araña*, prohibida en 1976 por la dictadura militar, ganó en 1982 en Italia el premio a la mejor novela latinoamericana. Allí se representa directamente, sexualmente, la relación transgresiva entre las dos revoluciones y sus discursos y cuerpos. La revolución política, “la revolución”, tenía que unirse íntimamente con la revolución sexual y literaria (Ludmer, “Puig y Sarduy”).

Dos exhumaciones recientes ayudan a complejizar el pasaje sobre *The Buenos Aires Affair* tomado de aquella clase de octubre de 1973. La primera: Juan Pablo Canala (2021) se apoya en un exhaustivo estudio de manuscritos de Puig y, sin que se le pase por alto ninguna referencia crítica, justifica por qué encuentra en *The Buenos Aires Affair* una “singularidad” traducida en

³ Ese fue el nombre de la asignatura incluida en la carrera de Letras de la UBA durante 1973; en 1974 se modificó por el de Literatura y cultura latinoamericanas.

un tratamiento tanto del “contenido” como de los “discursos que son incorporados a la narración”. Lejos de una domesticación, Canala lee en las decisiones de escritura de esta novela de Puig, la cifra de sus textos por-venir.

La otra exhumación la practica Graciela Goldchluk (2020). Mientras rescata del olvido otro texto de aquella época, “uno de los primeros trabajos universitarios acerca de una novela de Manuel Puig” (tal como precisó Miguel Dalmaroni mientras lo escudriñaba durante el Primer encuentro internacional Manuel Puig celebrado en la Universidad Nacional de La Plata en 1997), entrecruza papeles que sacan a la luz diálogos entre Ludmer y Puig que fueron más allá del intercambio que ella había evocado, casi cuarenta años después:

Con Puig fuimos bastante amigos a principios de los ’70. Vivía con sus padres; yo lo visitaba a la hora de la siesta; las paredes de su cuarto estaban tapizadas de fotos de estrellas y eso me fascinaba y me hacía revivir los 13 años. Cultivábamos lo viejo: veíamos películas viejas y salíamos a vagar de noche por las zonas viejas de Buenos Aires. Más de una vez fuimos juntos a brujos y tarotistas. Nunca hablábamos de literatura sino de nuestros nombres o nuestra presencia pública en la sección literatura (Ludmer, “Puig y Sarduy”).

No se trata de que Goldchluk desmienta a Ludmer. Se trata de que, gracias a sus exhumaciones, se descubre la intensidad intelectual de un vínculo mientras, de yapa, se pone en evidencia la atención que, mucho antes de aquella clase, Ludmer le dedicaba al desconcertante manejo de la lengua practicado por Puig. Para eso, Goldchluk volvió a aquel trabajo de Ludmer fechado en 1971 –publicado en la revista *Actual* de la Universidad de los Andes– y, apoyándose en papeles varios seleccionados de ese archivo que, desde hace años, construye y estudia, ayuda a entender la intervención sobre *The Buenos Aires Affair* en aquella clase de octubre de 1973. Sus exhumaciones revelan datos que hablan de una fascinación mutua: Ludmer había sido “candidata a personaje” de una de las novelas de Puig; con importante dosis de expectación, Ludmer le había enviado a Puig una versión tipeada del ya citado artículo de 1971; Puig conservó ese trabajo de Ludmer tanto en su versión mecanografiada como su publicación posterior.⁴ Como detectives detrás de varias pistas, Goldchluk y Canala reponen un diálogo en el que tanto a Puig como a Ludmer les importaba la imagen que el otro/la otra construía de sí: “intrigada” es el significante que usó Ludmer para describir su estado ante la lectura que haría Puig de aquel artículo suyo sobre *Boquitas...* (cf. Canala, Goldchluk). Ese en el que la joven crítica, ya desde entonces poco propensa a los elogios, se refería al “asombro” que le provocaba “el poder infinito de [la]s maravillas” de un texto que había logrado situar en su “centro” una “combinación casi paradójica entre ‘obras creadas por su público’ y ‘obras que tienden a crear su público’” (Ludmer, “*Boquitas*”: 22).

Arranqué por esta arista. Podría haberlo hecho por otra de la que también me ocupo aquí y que se desprende de su primera intervención en la cátedra Literatura Iberoamericana, el 17 de

⁴ Goldchluk revela que: “en la biblioteca de Manuel Puig se conservó un ejemplar de la revista *Actual* con el artículo publicado, pero además Puig guardó entre sus cosas aquel trabajo que Iris Josefina le había hecho llegar y que motivó una conversación cuyas marcas persisten en el archivo. Son veinticinco hojas tamaño oficio de un color celeste verdoso, con los bordes amarillentos, tipiadas a espacio y medio, con una versión pasada en limpio del artículo, presumiblemente la copia carbónica del trabajo entregado a la revista”. La importancia que reviste la conservación de estos textos de Ludmer por Puig se potencia por otro dato que Goldchluk agrega algunos párrafos más adelante: “Manuel Puig, que tuvo una vida itinerante en la que cargó pocos libros, que no atesoraba ni siquiera aquellos que le dedicaban, guardó amorosamente estas páginas (no falta ninguna) junto con sus papeles de trabajo, como si formaran parte de ellos”.

setiembre de 1973. En aquella oportunidad, Ludmer calificó la meta perseguida por sus clases como “importante”: sus desafíos eran ayudar a armar tanto “la base teórica” sobre la cual trabajaba el profesor titular como esa “introducción” (Clase 5 1). ¿Introducción a qué? La respuesta se encuentra varias clases más adelante aunque, más allá del orden declarativo, se infiere a la luz de todas las exhumadas:⁵ su reto consistía en colaborar en la construcción de un “saber sobre la literatura” (Clase 23 15) que promoviera cierto modo de leer y, por lo tanto, de pensar. Un saber que, según sus razonamientos, se eclipsa cada vez que se apela a la “espontaneidad” mientras se rechaza todo trabajo por descubrir lo que “la teoría de la literatura pone de manifiesto” (Clase 23 15). Un saber que también se eclipsa tanto cuando se “exalta” la teoría como cuando se “congelan” sus usos. Son necesarias las teorías porque la literatura requiere un saber pero al mismo tiempo se necesita romper “con lo que conduzca a “detener el texto estudiado, a cerrarlo” (Clase 23 16). Junto con estas notas propedéuticas, Ludmer se esforzaba por quitarle opacidad a la posición epistemológica desde la que enseñaba. Su propuesta pedagógica, calibrada desde el planteo de problemas (“yo no vengo a traer verdades ni dogmas sino simplemente a plantear una serie de preguntas” [Clase 5 1]), se potenciaba con su apartamiento del semblante de neutralidad y de asepsia: “desde ya les aclaro que todos los problemas teóricos que se susciten acá son fuertemente ideológicos (...). De eso se trata la literatura que se maneja nada menos que en el lenguaje” (Clase 5 1).

En esas clases, dictadas entre setiembre de 1973 y setiembre de 1974, Ludmer no solo enseñó teoría sino que también puso a prueba las matrices desde las que produciría en un tiempo entonces por-venir.⁶ Hizo esto mientras analizaba un corpus de Juan Carlos Onetti y otro de Sor Juana Inés de la Cruz. Más tarde aparecerán los textos sobre estas conjeturas que allí exploraba: el libro sobre Onetti, en 1977; el ensayo sobre Sor Juana, en 1984.

Cuatro décadas después, cuando escriba el prólogo a la segunda edición del libro sobre Onetti (un libro que ya había devenido entonces tan clásico como ese autor que no era tal ni cuando publicó aquel texto ni cuando dictó aquellas clases), dará las claves de las insistencias de aquellos años. No se trata solo de un “cuento” retrospectivo (cf. Gerbaudo, “El fuego”) sino también del despliegue de una posición teórica sobre los “modos de leer”: “la teoría de los años setenta se corresponde con la escritura de los años setenta (dime cómo lees y te diré cómo es la literatura de tu época)” (“Onetti” 13).

En los setenta, no solo era la Julia Kristeva todavía maoísta que había publicado *La révolution du langage poétique* (1974) o el Pierre Macherey de *Pour une théorie de la production littéraire* (1971) quienes atravesaban sus intervenciones sino también Marx y Freud. En sus comentarios respecto de cómo había compuesto la bibliografía para aquella cátedra, aclaraba qué le importaba de esas lecturas que había seleccionado. Su carácter optativo ratificaba la confianza en la potencia de los envíos que promovía en sus clases (esas que Ana Camblong ha comparado con un “recital de rock” por su potencia, por el “deleite”, por la adrenalina): “esto responde a una demanda de ustedes; la cátedra no quería dar bibliografía [...]; yo pienso que alguna orientación tienen que tener [...] pero no pretendan que esto sea obligatorio ni mucho menos; simplemente es una orientación” (Ludmer, Clase 23 1). Sus envíos buscaban hacer comprender un modo de pensar a través de un modo de leer que abarcaba pero que también desbordaba el análisis de un texto literario: “no importa tanto el momento en que Freud habla de literatura sino el sistema de Freud como no importa tanto el momento en que Marx escribe sobre Balzac sino el sistema marxista” (Clase 19 7-8).

Se trataba de un desafío que exigía ciertas inmersiones: “si ustedes quieren saber sobre psicoanálisis, lean psicoanálisis, a secas; si quieren saber sobre marxismo, lean a Marx [...] y

⁵ Agradezco a Celina Manzoni el regalo generoso de estos materiales. Este trabajo es su primera exhumación.

⁶ Sigo la distinción derridiana entre el más o menos previsible futuro y el insospechado por-venir (cf. Kofman y Dick).

Lévi-Strauss para estructuralismo. Estos son los clásicos. Vayan directamente a ellos y no se manejen con comentarios y menos con ediciones mercantilizadas” (Clase 19 9). Por si no hubiera quedado claro, agregaba: “y después está la zona Sartre [...] y la zona Barthes. [...] Yo les diría: lean todo. Todo lo que encuentren de Sartre y de Barthes, léanlo, independientemente de las bibliografías” (Clase 19 9).

Esas lecturas se utilizaban en sus análisis y se hacían patentes en algunas frases, reiteradas con menos control en las clases que en las publicaciones de aquellos años: “No hay textos sin una propiedad colectiva del lenguaje. El lenguaje no es una propiedad privada” (Clase 5 1); “La escritura trabaja con la lengua. Una práctica con la lengua. Una práctica transformadora” (Clase 5 2); “La escritura trabaja sobre una materia que no es privada” (Clase 5 2); “la lectura también será un trabajo, una producción, un hacerse” (Clase 5 2). Algunos significantes se repetían: “producción” y “trabajo” asociados a “lectura” y a “escritura”; “luchas” asociadas al “descongelamiento” de los géneros y contra la “coagulación” del sentido (Clase 5 6; Clase 9 9; Clase 15 3; Clase 23 4; *Onetti* 173). Desde aquella cátedra, Ludmer libraba una de sus batallas: entendía que “hacer que hablemos de la política, del amor y de la vida de un modo totalmente distinto” era equivalente a “pensar en la política, en el amor y en la vida de un modo totalmente distinto” (Clase 23 6). Allí encontraba, entonces, “el elemento revolucionario central de la literatura” (Clase 23 6).

Algunas otras batallas sostenidas en su seminario de 1985 ya se habían empezado a dar en este otro comienzo, durante la primavera de 1973. Por ejemplo, su posición sobre la construcción del significado que, en la propuesta de 1985 hará lugar a una clase específica a cargo de Jorge Panesi, ya se explicitaba aquí: “el profesor Jitrik nunca va a decir que *Cien años de soledad* significa tal cosa, sino que produce tales y cuales significaciones” (Clase 5 4). En ese sentido, la idea de lectura como trabajo, como producción, resistía otra: “una ideología de la literatura que no compartimos supone que en el texto hay un secreto escondido a develar. Algo que está allí pero no dicho totalmente, escondido” (Clase 37 12). Ludmer discutía la posición que, al leer, impulsaba a localizar “una zona de lo oculto” identificable con un “centro”: “la razón última que da la idea de lo teológico, Dios, la palabra, la verdad, la revelación” (Clase 37 12). A estas perspectivas “esotéricas” oponía las de la cátedra que, sostenidas en bases estructurales y materialistas, trabajaba con elementos “siempre textuales” a partir de los cuales leía “juegos con otros textos, con la historia, con la lengua, con la sociedad” (Clase 37 12).

En aquel comienzo, los significantes “ideología” e “historia” aparecían con insistencia y obedecían a una enorme confianza en el poder de la literatura que, más tarde, tendrá otros matices: “Mao Tse-Tung dice ‘los escritores practican la escritura, transforman nuestra ideología’. Todo esto no es algo inocente, lujoso. Estamos insertos en pleno campo ideológico” (Clase 5 4). Esos significantes se rodeaban con otros que forjaban una inscripción latinoamericana derivada tanto de los textos sobre los que giraban sus clases como de los que componía: “*Cien años de soledad* es una historia de Latinoamérica. *Cien años soledad* es un relato edípico” (Clase 5 4), resaltaba mientras remitía a su entonces reciente publicación de 1972.

Aquellas clases producían, ya desde entonces, articulaciones heterodoxas. Las desacralizaciones diseminatorias y parricidas de Derrida caían junto con ese Barthes que también había propulsado la muerte del autor como dueño del sentido, con Freud y sus formulaciones sobre “la novela familiar”, el inconsciente y la imposibilidad de control absoluto de lo enunciado (Clase 9 10) y con un Pierre Bourdieu que luchaba contra la “atención reverencial” a la figura del “creador” (Clase 15), tan propugnada por la época en textos como *Teoría literaria* de René Wellek y de Austin Warren que, en Argentina, se enseñará en polos periféricos del subcampo hasta bien entrado el siglo XXI (cf. Hidalgo Náchter; Gerbaudo, *Tanto*).

“Hablar me da miedo porque sin decir nunca bastante, sin embargo digo demasiado”, confesaba por entonces Derrida (*L'écriture* 19). Por estas pampas, Ludmer interpelaba a leer desde la misma posición sacrílega, es decir, atendiendo a los desfases entre lo pretendido y lo logrado: “La historia de la lectura nos muestra que los textos tienen significaciones diversas. [...] Ustedes habrán leído muchos trabajos basados en las intenciones del escritor. El escritor intenta o intentó hacer tal cosa. Lo que tenemos que ver es si la realizó o no” (Clase 5 4-5). Estas interpelaciones no venían sin su ejemplo: “García Márquez dice por ahí: ‘la repetición de los nombres que hay en mi novela significa los procesos circulares de la historia latinoamericana’. Evidentemente significa mucho más que esto. [...] Ahí está funcionando el autor, fijando y cerrando su propio texto” (Clase 5 5). Congruente con esta posición inquisitiva, llamaba a “cambiar los hábitos de lectura”: “ya no se trata de una lectura consumidora” sino de una lectura que “aprenda a preguntarle al texto” (Clase 5 8). Una interrogación tramitada (también) entre Lacan y Althusser, preventivamente alerta contra cualquier asimilación de “la realidad y lo real”, del mundo y la escritura, de la “representación” y la “construcción”. Una lectura realizada a la luz de teorías que “produzcan saber”, es decir, que permitan “percibir lo que no se percibía de entrada” (Clase 12 12).

En una nota al pie tomada de “Contar el cuento”, texto publicado en 1975 como estudio preliminar a *Para una tumba sin nombre*, Ludmer escribió la teoría (*Onetti* 158) que se reconocerá como tal muchos años después (Nofal). Entonces decía: “el texto explora en [...] todo su trabajo verbal las posibilidades de contar un cuento, las posibilidades de la palabra ‘contar’, de la palabra ‘cuenta’ que, en última instancia, es toda una exploración sobre el narrar” (Clase 32 4). Dedicó al asunto al menos otras dos clases completas: “‘diseminados’ es una palabra importante”, insistía mientras repasaba los juegos que el texto proponía entre la “estación” de tren y las del año, entre un “pasaje” de tren y el camino hacia la adultez para interrogar cómo se construye la significación (Clase 37 9-10). Hay aquí un ejemplo de lo que ensayaba en esa materia pensada como “introducción” a un ejercicio, a un modo de leer que pudiera trasladarse a otros textos (además de los literarios) y a otros espacios (además de la universidad).

“Descongelar” es también un significante que se repetía en sus clases frente a “aburrimento” y “coagulación” (palabras que atravesaron sus intervenciones, desde conferencias hasta libros y entrevistas, hasta el final). No solo desde esta tensión, aunque introducida desde allí, indicaba a sus estudiantes la lectura de dos cartas del siglo XVII: así inició el primer cuatrimestre de 1974 mientras desarrollaba el punto 2 del programa cuya formulación apenas dejaba entrever algo de lo que vendría. El contenido que comprendía aquellas clases, “Barroco y enfrentamiento cultural en los textos de Sor Juana Inés de la Cruz” (Jitrik, Programa), se queda corto frente a lo que Ludmer hizo: su examen de lo que pudo Juana Inés de Asbaje o Juana Ramírez (1648-1695), entre la corte y los claustros, en la jerárquica sociedad colonial de Nueva España hizo lugar a un planteo pionero respecto de la importancia no solo literaria sino también teórica y política de los textos de aquella mujer, criolla y bastarda que, en aquel ríspido contexto, había reconocido en su opción por los hábitos un medio tanto para esquivar el matrimonio como para desarrollar su deseo por el conocimiento (cf. Paz, Bemberg, Glantz, Colombi). En aquellas presentaciones orales están las “matrices” (otro significante que repetía en sus exposiciones) de lo que diez años después publicará en “Tretas del débil”.

Las tretas de Juana...

Ludmer arrancó sus clases de 1974 con este asunto. Para entrar al tema leyó un mito traducido del náhuatl y publicado aquel año en la revista mejicana *Diálogos*, que dirigió Ramón Xirau

entre 1964 y 1986 (Espinosa), autor del libro *Genio y figura de Sor Juana* editado por Eudeba en 1967 al que, un poco más adelante, también enviará (Clase 5 5):

Distribución de las herramientas

Un día pensó nuestro dios de qué manera y con qué harían el trabajo sus hijos. Nuestro dios pensó distribuirles herramientas y avisó a los hombres que llegaría el día en que les entregaría con qué trabajar.

Y llegó el día en que les dio con qué hacer el trabajo. Y todos los hombres se reunieron, toda la humanidad, y entonces nuestro dios les dijo: –En este día os entrego estas herramientas. Cada uno tome una herramienta con la que habrá de trabajar mientras viva. Y de veras empezaron a coger cada herramienta. Nuestros hermanos inditos se dijeron: –Tomemos lo más pesado, tal vez sea mejor. Empezaron a coger azadones, hachas, picos, palos-sembradores, machetes, arados y otros más.

Y los mestizos sólo se quedaron mirando y esperaron que los otros cogieran. Sólo se quedaron los libros, lápices, papeles y escritorios. Y hoy se dicen nuestros hermanos macehuales que no estuvo bien como hicieron nuestros abuelos, porque nosotros nos cansamos mucho con estas herramientas y los mestizos no se cansan (Anónimo).

Ese “cuento” –que encontraba “hermosísimo”– fue la puerta de entrada para instalar el problema del “origen de la división del trabajo” atendiendo a diferentes variables (“racial”, “social” y “sexual”) anudadas a una escisión transversal: la que separa “trabajo manual y trabajo intelectual” (Clase 5 1-2). De ese conjunto, sus clases se concentraron en una particular combinación: “la división sexual del trabajo” en “el interior del trabajo intelectual” (Clase 5 2). Los materiales que usó para su desarrollo giraron en torno a la carta que Sor Juana le enviara al Obispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz, en respuesta a sus observaciones alrededor de otra carta: esa donde ella había realizado un agudo análisis teológico de un sermón de Antonio de Vieyra y que él había publicado sin su consentimiento anexándole el adjetivo “atenagórica” (es decir, “digna de la sabiduría de Atenea”) junto a su taimada lectura firmada con el seudónimo Sor Filotea (“amante de Dios”) de la Cruz.

Ludmer subrayó los diferentes niveles de lectura de esta operación del obispo en la que, junto con la puesta en circulación de un texto brillante, se insinuaba algo más: su juego con los nombres, exhibido en el contrapunto entre la “amante de Dios” y la “amante del saber”, la había dejado a Sor Juana en peligrosa exposición en aquellos tiempos del “Santo Oficio”. De hecho, entre la acusación de “vanidad” y la de herejía había un límite demasiado delgado. Ludmer animaba a analizar cómo en estas cartas y en sus entrelíneas se expresaba un delicado juego de posiciones y de poderes: “lo que hay que leer es lo que no se dice, o sea, que Sor Filotea reprende a Sor Filosofía porque solamente desde la condición de ser una ‘amante de Dios’ se puede reprender a quien es una ‘amante de la sabiduría’” (Clase 6 5).

En su primera clase sobre el tema, presentó la “Respuesta” (1691) como “una defensa del oprimido [...]; en este caso, de la mujer” (Clase 6 2). Su intervención animaba a descubrir los artilugios escriturarios de ese texto que “gira alrededor del silencio, del callar” (Clase 6 5) y en el que una monja se valió del “molde de la oratoria clásica” (Clase 6 6) para discutir la sentencia de San Pablo, “callen las mujeres en las iglesias pues no les es permitido hablar” (*Mulieres in Ecclesiis taceant, non enim permittitur eis loqui*). Su lectura de la “Respuesta” como “alegato feminista”, como “enfrentamiento teórico” y, por lo tanto, como intervención “política” (Clase 6 6) giró alrededor de las “variaciones” sobre el “decir-no decir (escribir-callar)”, “saber-no saber”, “yo-los otros”, “temor-no temor”, “verdad-mentira” (Clase 6 3): lo que se interrogaba era qué sugería esa textualización del “callar” y del ocultar respecto del deseo de saber y de lo que se podía (y no), siendo mujer y monja en la Nueva España del siglo XVII. No cualquier mujer, no cualquier monja: se trataba de alguien que había logrado trascender

tanto los muros del convento como el espacio local gracias a su escritura. Esa que habían estimulado las autoridades españolas en la colonia, al menos hasta 1686, año en que concluye el mandato de Tomás Antonio de la Cerda y María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga.

Las fechas y los nombres importan: María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga publicó en 1689 su primer libro que, si bien sería reeditado nueve veces, solo en esta primera versión tuvo ese título cuya determinación y variaciones analizará con detalle Carla Fumagalli (2017), a saber: *Inundación Castálida de la Única Poetisa, Musa Décima, sórora Juana Inés de la Cruz, religiosa profesa en el monasterio de San Gerónimo de la imperial ciudad de México, que en varios metros, idiomas y estilos, fertiliza varios asuntos con elegantes, sutiles, claros, ingeniosos, útiles versos, para enseñanza, recreo y admiración*.

Reponer las tensiones de época a partir del cruce analítico de textos escritos entonces (no es otro el concepto de “época” que por 1967 defendía Derrida desde su incomprendida afirmación “no hay fuera del texto” [*De la grammatologie* 227]) fue la operación de la que se valió Ludmer para introducir su lectura del eximio “manejo de la contradicción” (Clase 6 7) entre “saber” y “decir” en la “Respuesta” mientras generaba un “bucle extraño” (Hofstadter) con su apuesta didáctica: la importancia política de la apropiación del saber teórico sobre el lenguaje atraviesa su obra. En aquella oportunidad, eligió un texto que no proclamaba sino que, más bien, propendía a situar al silencio y al ocultamiento como prácticas de resistencia. Su lectura de la “Respuesta” incluye el episodio puntual con el Obispo de Puebla en el conjunto de las estrategias arteras que había usado Juana para preservar su “amor a la sabiduría” (Clase 6 5): en aquel mundo que cerraba la posibilidad de desarrollo intelectual a las mujeres, un texto escrito por una mujer alojaba una “novela familiar” (Clase 6 6) a través de la cual “se inventó un origen” que legitimara sus estudios de las letras⁷ mientras daba a entender los inconvenientes que la reunión de “saber” y “decir” podrían acarrearle a alguien de su sexo por aquella época. Así, la “escena primaria” en la que Sor Juana “narra la historia de su inclinación al saber, de su epistemofilia”, de su aprendizaje prácticamente clandestino de la lectura (15), se enreda con otra compuesta en la apertura de su “Respuesta” al obispo ante quien hace semblante de “no saber algo digno de vos”, de no “saber agradecer” (72).

Ludmer remarcó que Juana decía-no-saber-decir cada vez que advertía una situación de desigualdad de poder: la escena del ocultamiento de sus saberes por temor a lo que la madre pudiera hacerle cuando niña o la modestia afectada con la que arrancó su respuesta al obispo se repiten en el reconocimiento del “temor a la reprensión del Santo Oficio” (Clase 6 17). “Dejen eso para quien lo entienda, que yo no quiero ruido con el Santo Oficio, que soy ignorante y tiemblo de decir alguna proposición malsonante” (77), mencionaba Sor Juana mientras se apartaba del lugar en el que la colocaba Sor Filotea a quien, no obstante, valiéndose de todos estos artilugios, respondía con galanura desde una ambivalente autofiguración saturada de epítetos. Ludmer se detuvo en un pasaje que asoció a una “erótica de la violación” (19): “Y, a la verdad, yo nunca he escrito sino violentada y forzada y sólo por dar gusto a otros; no sólo sin complacencia sino con positiva repugnancia” (de la Cruz 76). Este pasaje condensa la tensión entre “el saber, el leer y el aprender” y “el guardar para sí, el callar y el no dar a luz” dado el riesgo del “escribir, el publicar y el enseñar” (Ludmer, Clase 6 19) desde la doble condición de mujer y monja. Ludmer precisó los significantes que permiten leer la decisión del obispo de haber publicado aquella carta como equivalente a una violación: “violencia, forzamiento, dar gusto a otros, repugnancia” (Clase 6 19).⁸ Una decisión que Sor Juana interrogó bajo el

⁷ Ludmer vuelve sobre este pasaje: “Siendo monja y no seglar, debía, por el estado eclesiástico, profesar letras; y más siendo hija de un San Jerónimo y de una Santa Paula, que era degenerar de tan doctos padres ser idiota la hija” (80).

⁸ También Jean Franco reparará en las formas del “abuso” que Sor Juana deslizó en este escrito (410).

semblante del agradecimiento mientras rescataba uno solo de sus textos: el *Primero sueño*, ese “largo poema sobre el impulso de saber” (16) del que la “Respuesta” podría leerse como “una glosa formal” (17). El *Primero sueño*, escrito por placer; la “Respuesta”, como calibrada defensa y, junto a estos, una enorme cantidad de textos escritos tanto por pedido de las autoridades de la iglesia como a modo de agradecimiento por la protección de las autoridades españolas radicadas en Nueva España.

En aquel contexto, para una mujer que, además, era “hija natural”, el “camino para el trabajo intelectual era la religión” (6); vía desde la que se hacía lugar para la escritura tramitada desde los géneros que Sor Juana practicó, aunque yendo más allá de lo aceptable en términos de protocolos. Ludmer constató al menos dos transgresiones: una, sancionada por el obispo de Puebla desde esa carta “donde le dice que se dedique más a lo sagrado, a las letras sagradas porque lo profano estaba pesando demasiado en ella” (5). La otra, más sutil: la de escribir una “novela autobiográfica” (6) dentro de ese género autorizado que era la carta. Por si algo le faltara, se trataba de una “novela” plagada de “escenas” con “elementos masoquistas”: “azotes y violaciones y forzamientos” que anudan “escritura, aprendizaje y saber” (8) en un texto en el que los hiatos expresan. Ludmer se preguntaba por qué Sor Juana “que había aprendido gramática en veinte lecciones con un maestro” observó que “lo mejor para las mujeres es que las ancianas sabias enseñen a las niñas y no los hombres porque eso es muy peligroso”; por qué usó “un término que hoy nos parece increíble, inusitado: ‘manoseo de la intermediación’” (7). Más allá de las respuestas, remarcaba que solo el hecho de poder formular estas preguntas exhibe el calibre de la subversión: también en lo que insinúa este “texto polémico, agresivo, teórico” radica su potencia. Esa que lo convierte en “literatura” (7).

Si bien austera para la adjetivación, en aquella oportunidad, Ludmer no ahorró calificativos que expresaban su admiración por la inteligencia desplegada en esas operaciones de escritura: estamos ante un texto “precioso” (9), señalaba, que en pleno siglo XVII incurrió en una “actitud polémica” respecto de la división “trabajo intelectual/trabajo manual” para interrogar “la diferenciación sexual en el interior del trabajo intelectual” (8) y dejar fluir “un deseo femenino puesto en la escritura” (9). Su argumentación enfatizaba que “el saber, el impulso epistemológico de Sor Juana, el ansia de saber” es el eje de esa carta legible como una “teoría escrita y dramatizada sobre su propia posición al escribir” (10): una “outsider” en tanto “mujer, colonizada y bastarda” que, no obstante, pudo “lanzarse a la escritura” de “un texto donde se teje, precisamente, en la escritura misma, la contradicción fundamental entre la lucha teórica y política en favor de la mujer, su expresión, su escritura y su saber y, por otro lado, el acatamiento, el callar” (10). “Rebelión y sumisión” y “la situación de colonizada” son los hilos que siguió en su lectura de la “Respuesta” (11).

En la que habría sido la última clase de aquella experiencia⁹ liderada por Jitrik y Ludmer (hasta donde se pudo reconstruir, se trató de la primera y única del segundo cuatrimestre de ese año turbulento e institucionalmente accidentado)¹⁰ se presentó la propuesta de cátedra:

⁹ En diferentes pasajes de las clases se observan expresiones del tipo “para la gente que hizo el curso el año pasado” (Ludmer, Clase 5 9), es decir, había un grupo de destinatarixs que, más allá de la acreditación, cursaban la asignatura en más de una oportunidad (los testimonios recogidos de algunxs de aquellxs estudiantes corroboran esta conjetura que se desprende de las interlocuciones tomadas de las clases transcritas [cf. Camblong, Schwartzman]). Por otro lado, cada cuatrimestre se presentaron corpus, contenidos y configuraciones didácticas diferentes que tomaban en cuenta los desempeños de lxs estudiantes en la cursada anterior y buscaban mejorar las transferencias (cf. Jitrik, Programa; Jitrik y Ludmer, Programa). Por estas razones hablo de “experiencia”: se trató de una propuesta de enseñanza legible como una unidad, más allá de su segmentación en cuatrimestres y del cambio de nombre de la asignatura.

¹⁰ El 14 de marzo de 1974 se sancionó, bajo régimen parlamentario, la ley 20654 que habilitó la intervención “normalizadora” de las universidades ejecutada a partir de setiembre de ese año. La disidencia fue considerada

“hacemos, por primera vez desde que entramos, una apuesta radical sobre un corpus completo de un escritor. [...] Onetti es todo Onetti. Ese es el corpus sobre el cual vamos a trabajar y que ustedes tendrán que leer totalmente” (Ludmer en Jitrik y Ludmer, Clase 1 8). Ese corpus se iba a abordar desde los problemas que harán lugar a uno de sus textos teóricos, entonces por-venir:

Nosotros vamos a elegir dentro del corpus un momento que posiblemente no coincida con un solo texto: el momento en que se piensa la propia escritura [...]. No de modo manifiesto sino dramatizada. Esa va a ser –siguiendo un poco con el vocabulario del año pasado- una especie de historia en la historia dentro del corpus. [...] Se trata de ver lo que podría ser la ideología de la literatura en el interior de la literatura misma: cómo se piensa la literatura, de qué modo se produce, para quién, con qué medios, cuál es la situación social del escritor, cuáles son las condiciones de posibilidad de la literatura, qué hace falta para que haya literatura. Todo esto, sacado desde el interior del corpus (Clase 1 9).

“El mundo era otro”, advertía Ludmer al referirse a aquel libro sobre Onetti “escrito antes de 1976” (9). Un libro que se le aparecía como “el fantasma de un mundo perdido” (14) en el que, sin embargo, mismas y otras, se deslizaban las fantasías que resistían y restaban y que, para la escala que imaginaba, necesitaban proyectarse más allá del espacio nacional:

Tal vez habría que aprender a leer en Latinoamérica, y no solo “literatura”. Aprender, además, a escribir las lecturas; a poder (abierto el vértigo de la significación) pensar ese vértigo; constituirlo sin que nos enmudezca; ser capaces de contarlo; entregarnos pero no sobreponernos; trascenderlo. Esta es la contradicción mayor: toda lectura fijada (escrita, erigida en “crítica”) es inevitablemente represiva: frena el flujo indefinido de “las lecturas”, las *ordena*. Entonces habría, además, que aprender a escribir y a pensar la significación de otro modo; sumergidos en esa contradicción –la de la escritura de la lectura– producir un orden dialéctico que no solo no inhiba sino que postule, a su vez, otro vértigo susceptible de ordenamiento. Como se ve, la crítica es inmediatamente política. Interminable (*Onetti* 158).

El clásico de García Márquez, “todo Onetti” y una estratégica selección de textos de Sor Juana fueron los objetos que, durante la efímera experiencia de la “universidad montonera”, le dieron letra para desplegar su fantasía de modificar los “modos de leer”.¹¹ Pero es a partir de sus lecturas de Sor Juana que enunció sus posicionamientos más radicales.

atentatoria contra la “seguridad nacional”: centros de estudiantes, gremios y cualquier foco de resistencia fueron objeto de persecución oficial y/o clandestina por vía paraestatal. En agosto, el ministro de educación Jorge Alberto Taiana fue reemplazado por Oscar Ivanissevich, “un octogenario nacionalista de derecha que ya había sido ministro del área durante el primer gobierno peronista” (Franco, *Un enemigo* 95). En setiembre, Alberto Ottalagano, “nacionalista católico de derecha y declarado fascista” (Franco, *Un enemigo* 99), fue designado como nuevo rector normalizador de la UBA. Este es el clima que signó el final de aquella experiencia. Así, el 10 de setiembre de 1974, en esa primera clase del segundo cuatrimestre, Jitrik anunciaba, con extrema discreción, su partida “a otro país latinoamericano” (Clase 1 1). Su decisión de aceptar una invitación cursada en agosto de 1973 obedeció a episodios que apenas se insinuaron: la referencia a la “bomba en la casa del rector” (1) que entonces todavía era Rodolfo Puiggrós dejaba entrever algo más. No obstante, la revelación de las amenazas que había recibido de la Alianza Anticomunista Argentina se hará después, tanto en sus escritos desde el exilio como en entrevistas centradas en su trayectoria (Jitrik, *Las armas*).

¹¹ Esta preocupación atravesó sus intervenciones. “Lo que tendría que enseñarse en la universidad son técnicas de análisis, teoría de la literatura, modos de leer”, prescribía varios años después mientras volvía sobre sus propias prácticas indicando cómo hacerlo: “conocer a aquellos que han cambiado eso; una especie de enseñanza de la transgresión. Las teorías no son eternas” (“Razones”). El repaso de los contenidos que propuso para su Seminario de 1985 corrobora esta posición desarrollada en todas sus clases, en su ya clásico libro sobre el clásico de García

Algunos años más tarde, se pronunciará respecto de lo que acarrea “leer en el discurso femenino el pensamiento abstracto, la ciencia y la política” (Ludmer, “Tretas”): adoptar esa posición supone “solicitar” (en el sentido derridiano ya explicitado) la “distribución histórica de afectos, funciones y facultades” (Ludmer, “Tretas”). Desde esa posición discutió con Mignolo (lo repito, por si fuera necesario: no solo en 1985). Desde allí enseñó y también desde allí, a propósito de Sor Juana, enunció otro filón de su teoría de la lectura: ese que atiende a las dinámicas de la “chacrita” (la metáfora es de Sylvia Saítta), a partir del análisis de los cambios en los modos de leer los clásicos, esos textos que “interesan porque constituyen campos de lucha donde se debaten sistemas e interpretaciones enemigas. Su revisión periódica es una de las maneras de medir la transformación histórica de los modos de lectura” (Ludmer, “Tretas”). Como en “bucle extraño”, la teorización aplica a sus movimientos: sus clases sobre Sor Juana en clave feminista y de subalternidad a inicios de los años setenta fueron un sacudón respecto de los modos de leer dominantes entonces. Una posición que, varios años después, ratificó al componer el espigón “treta”¹² mientras, como al pasar, se despachó respecto de la dominación simbólica en los campos de la ciencia, la política y la filosofía: “Ante la pregunta de por qué no ha habido mujeres filósofas puede responderse [...] que no han hecho filosofía desde el espacio delimitado por la filosofía clásica sino desde otras zonas y si se lee o escucha su discurso como discurso filosófico puede operarse una transformación de la reflexión” (Ludmer, “Treta”). Ludmer reclamaba atender a la posición de lectura dado el efecto modelizante que el punto de vista tiene en la fabricación del resultado mientras solicitaba nuestras taxonomías y los rótulos bajo los cuales, tal vez con excesiva seguridad, hemos clasificado nuestra producción en ciencia, en política, en filosofía (no tímidamente, entre la agencia y el activismo, vamos reconociendo nuestro lugar en la producción categorial, teórica y filosófica –nuestro lugar, es decir, el de aquí, América Latina–).

“La felicidad de polemizar” y nuestras tretas de subsistencia

“Lo que dicen ellos allá, es que ‘los latinoamericanos escriben mucho porque no tienen bibliotecas, entonces, se les ocurre escribir’.”: esto le dijo a Leonel Cherri durante una entrevista fechada en 2014, un poco en serio, un poco en broma. Una entrevista en la que ratificó sus apuestas: su fantasía “sesentosa” de poder convertirse en una “activista cultural” (“Eso es más un deseo que una realidad. Me encantaría poder moverme, irrumpir”), su constante cambio de ángulo al momento de presentar cada nuevo libro y lo que buscaba preservar a través de esa variación (“me aburro”, le confesaba a María Moreno por 2001 en una entrevista de antología; “olvidarme de lo anterior. O sea: hasta ahora no pasó nada, no hice nada, ahora quiero ver nada más que esto. Porque si no, lo arrastrás, ¿sabés?”), le confiaba a Cherri en un medio tono entre el mandato y el consejo).

No obstante, en ese cuento que Ludmer le contó a Cherri anunciaba una alteración dentro de sus ya esperadas variaciones: prometía un libro del talante de ese que, más que “la felicidad de polemizar”, había desatado “una cosa de odio”. Un libro que, como en bucle extraño, volvería sobre los anteriores pero en clave auto-bio-gráfica (¿una insistencia en aquello

Márquez y en incontables entrevistas: “1. Teoría y objeto. Teoría y práctica crítica. Visión instrumentalista de las teorías: la poética aplicada. Teorías y concepciones de la literatura: científica, filosófica, política e ideológica. Teorías y modos de leer. 2. Teorías de la especificidad literaria. [...]. 3. Teorías de la interpretación (...). 4. Teorías de las prácticas literarias. (Ludmer, Programa: 1).

¹² A partir de la treta seguida por Sor Juana, elaboró este concepto: “La treta (otra típica táctica del débil) consiste en que, desde el lugar asignado y aceptado se cambia no solo el sentido de ese lugar sino el sentido mismo de lo que se instaura en él” (“Tretas”).

que entonces todavía no se había podido vislumbrar que se abría a partir de lo que ya había enunciado?):

Tardo como diez años en escribir un libro. No puedo escribir un libro en menos tiempo. Es sistemático, es cierto. Pero ahora creo que se rompe eso, esa sistematicidad. Porque ahora estoy en una cosa autobiográfica. Estoy escribiendo como fragmentos autobiográficos mezclados con pequeños artículos. O sea, un libro heterogéneo hecho por trozos. Sigo en la dirección del diario de la primera parte de *Aquí, América Latina* (2010). Pero el diario ahora es, más bien, fragmentos autobiográficos y comentarios de lecturas. Pensé, en un momento, que el título iba a ser *Notas*. ¡Sería como el subtítulo sin el título! Porque serían como las notas del conjunto de mis libros (Ludmer, Entrevista).¹³

Imposible no preguntarse por los problemas de los que se habría ocupado. Imposible no desear que entrevistas aún no publicadas o clases o conversaciones o papeles aún no exhumados permitan atisbar, al menos, de qué iba. Imposible no fantasear con alguna visibilización porvenir en la serie de las ensayadas cuando, al margen tanto de los nacionalismos-nacionalistas y de los regionalismos-regionalistas como de las posiciones plañideras, gritó *Aquí América Latina* como mucho antes, en sus clases de los setenta, promovió que se estudiara a Sor Juana y como luego, en las de los ochenta, alerta respecto de los voluntarismos, llamó la atención respecto de las constricciones que atravesaban la producción mundial de teoría. Que en 2021 un investigador de la Universidad de Oxford señale que la “figura” de Sor Juana es conocida “en especial en América Latina” (cf. Bollig 96) o que constatemos que no hay (todavía) ningún proyecto de extraducción de la obra de ningunx de nuestrxs productoxs de espigones, es revelador de un estado de las cosas. Ese incómodo estado de las cosas sobre el que Ludmer volvía cada vez que sacaba nuestros trapitos al sol, es decir, nuestras tretas de subsistencia.

Obras citadas

- Anónimo. “Distribución de las herramientas”. *Diálogos*, n° 55, 1974, pp. 3-4.
<https://otrosdialogos.colmex.mx/archivo>
- Antelo, Raúl. *Archifilologías latinoamericanas. Lecturas tras el agotamiento*. Villa María, EDUVIM, 2015.
- Antelo, Raúl. *En muerte: miniaturas urbanas*. Vera cartonera.
<https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/catalogo/>
- _____. Clase abierta. UNL, 6 de octubre de 2020.
<https://www.youtube.com/watch?v=01k8BaXd7Jc>
- Bemberg, María Luisa. *Yo, la peor de todas*. GEA Cinematográfica, 1990.
- Bollig, Ben. *Moving Verses. Poetry on Screen in Argentina Cinema*. Liverpool University Press, 2021.
- Bourdieu, Pierre. *Esquisse pour une auto-analyse*. Paris, Raisons d’agir, 2004.
- Camblong, Ana María. Consulta por Analía Gerbaudo, 2020, inédita.
- Canala, Juan Pablo. “*The Buenos Aires Affair*: el comienzo de la obra por venir”. *Orbis Tertius*, n° 32, 2021, <https://doi.org/10.24215/18517811e173>
- Colombi, Beatriz. “*Muller Docta and Literary Fame: The Challenges of Authorship in Sor Juana Inés de la Cruz*”. *The Cambridge History of Latin American Women’s Literature*. Cambridge University Press, 2016, pp. 81-95.

¹³ Lo que violaría su principio de titulación (en sus libros se plantea una relación entre un objeto, figura u obra y una suerte de definición de las mismas o de postulación de una función textual: interpretación, proceso, tratado, manual, especulación).

- de la Cruz, Juana Inés. “Respuesta de la poetisa a la muy ilustre Sor Filotea de la Cruz” [1691]. *Polémica*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2004, pp. 72-110.
- Derrida, Jacques. *De la grammatologie*. Paris, Minuit, 1967.
- _____. *L'écriture et la différence*. Paris, Du Seuil, 1967.
- _____. “Some statements and truisms about neologisms, newisms, postisms, parasitisms, and other small seisms”. *Derrida d'ici, Derrida de là*. [1987], traducido por Jorge Panesi, Paris, Galilée, 2009, pp. 223-252.
- _____. “Biodegradables: Seven Diary Fragments”. *Critical Inquiry*, n° 15 (4), 1989, pp. 812-873.
- Espinosa, José María. “La revista Diálogos”. *Otros diálogos de El Colegio de México*, n° 1, 2017. <https://otrosdialogos.colmex.mx/la-revista-dialogos>
- Falcón, Alejandrina. *Traductores del exilio. Argentinos en editoriales españolas: traducciones, escrituras por encargo y conflicto lingüístico (1974-1983)*. Madrid/Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2018.
- Franco, Jean. “Writing Violence”. *The Cambridge History of Latin American Women's Literature*. Cambridge University Press, 2016, pp. 410-417.
- Franco, Marina. *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y “subversión”, 1973-1976*. Buenos Aires, FCE, 2012.
- Fumagalli, Carla. “Inundación Castálida: aproximaciones a una portada”. *Perífrasis*, n° 16, 2017, pp. 29-47.
- Gerbaudo, Analía. “El fuego, el agua, la biodegradabilidad. Apuntes metodológicos para un archivo por-venir”. *Archivos, arte y medios digitales. Teoría y práctica*. Centro de estudios avanzados, 2018, pp. 41-65.
- _____. “Espigones argentinos”. En *Travesías, desvíos, obstrucciones. La circulación de la teoría francesa en Latinoamérica y en España*. Universidade de São Paulo, 2022, pp. 159-180. <https://www.livrosabertos.sibi.usp.br/portaldelivrosUSP/catalog/book/843>
- _____. *Tanto con tan poco. Los estudios literarios en Argentina (1958-2015)*. UNL/UB (en edición).
- Glantz, Margo. “Prólogo”. *Obra selecta*. Tomo I. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1994, pp. I-XCIII.
- Goldchluk, Graciela. “Josefina Ludmer: el recorrido de una crítica en el archivo Puig”. *Orbis Tertius*, n° 32, 2020, <https://doi.org/10.24215/18517811e177>
- Goytisolo, Juan. “Puig, al costado del camino”. *Página / 12*. 8 de julio de 2007. <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/6-3940-2007-07-08.html>
- Hidalgo Náchter, Max. *Teoría en tránsito. Arqueología de la crítica y la teoría literaria españolas de 1966 a la posdictadura*. Universidad Nacional del Litoral / Universidad de Barcelona, 2022. <https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar:8443/handle/11185/6659>
- Hofstadter, Douglas. *Gödel, Escher, Bach. Un Eterno y Grácil Bucle*. [1979] Barcelona, Tusquets, 1998. Traducción de Mario Usabiaga y Alejandro López Rousseau.
- Jitrik, Noé. Programa Literatura y cultura latinoamericana. Primer cuatrimestre, 1974. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- _____. *Las armas y las razones. Ensayos sobre el peronismo, el exilio y la literatura*. Sudamericana, 1984
- _____. Entrevista por Pablo Rocca. *Revistas culturales del Río de la Plata. Campo literario: debates, documentos, índices (1942-1964)*. Ediciones de la Banda Oriental, UDELAR.
- _____. y Josefina Ludmer. Programa Literatura y cultura latinoamericanas. Segundo cuatrimestre, 1974. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

- _____ Clase 1. Literatura y cultura latinoamericanas. Segundo cuatrimestre, 10 de setiembre de 1974. Facultad de Filosofía Letras, UBA.
- Kofman, Amy y Kirby Dick. *Derrida. Zeitgeist films / Jane Doe films Production*, 2002.
- Link, Daniel. “Posiciones”. *La chancha con cadenas*. Buenos Aires, Ediciones del eclipse, 1994, pp. 13-17.
- _____ “Sobremesa”. *Linkillo*, 2010.
<http://linkillo.blogspot.com/2010/08/sobremesa.html>
- _____ *La lectura: una vida...* Buenos Aires, Ampersand, 2017.
- Ludmer, Josefina. “Boquitas pintadas, siete recorridos”. *Actual*, n° 8-9, 1971, pp. 3-22.
- _____ *Cien años de soledad. Una interpretación*. [1972] Buenos Aires, CEAL, 1985.
- _____ Clase 5, Literatura Iberoamericana. 17 de setiembre de 1973. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- _____ Clase 9. Literatura Iberoamericana. 24 de setiembre de 1973. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- _____ Clase 12. Literatura Iberoamericana. 1 de octubre de 1973. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- _____ Clase 15. Literatura Iberoamericana, 8 de octubre de 1973. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- _____ Clase 19. Literatura Iberoamericana. 15 de octubre de 1973. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- _____ Clase 23. Literatura Iberoamericana. 22 de octubre de 1973. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- _____ Clase 26. Literatura Iberoamericana., 29 de octubre de 1973. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- _____ Clase 32. Literatura Iberoamericana. 6 de noviembre de 1973. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- _____ Clase 37. Literatura Iberoamericana., 19 de noviembre de 1973. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- _____ Clase 5. Literatura y cultura latinoamericanas. 1 de junio de 1974. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- _____ Clase 6. Literatura y cultura latinoamericanas. 8 de junio de 1974. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- _____ “Tretas del débil”. *La sartén por el mango. Encuentro de escritoras latinoamericanas*. Ediciones Huracán, 1984.
http://www.josefinaludmer.net/articulos_files/Tretas-del-debil.pdf
- _____ Programa Seminario Algunos problemas de Teoría Literaria, 1985. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- _____ Clase 4. Seminario Algunos problemas de Teoría Literaria, 28 de agosto de 1985. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- _____ Clase 26. Seminario Algunos problemas de Teoría Literaria, 19 de noviembre de 1985. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- _____ *Onetti. Los procesos de construcción del relato* [1977]. Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2009.
- _____ “Razones de una lectura desobediente”, 1999. Portal Educ.ar
- _____ El lugar de la resistencia. Entrevista por María Moreno. *Página / 12*, 1 de octubre de 2001. <https://www.pagina12.com.ar/2001/suple/Libros/01-10/01-10-07/nota1.htm>
- _____ Panel junto a Sandra Contreras, Claudia Gilman y Martín Prieto. *III Argentino de literatura*. UNL, 2007.

- _____ “La lengua puede ser pensada también como un recurso natural”. *La Biblioteca*, n° 8, 2009, pp. 24-34.
- _____ “Puig y Sarduy. Recuerdos literarios”. *Ñ*, sábado 24 de julio de 2010.
<https://josefinaludmer.wordpress.com/2010/10/25/puig-y-sarduy-recuerdos-literarios/>
- _____ “Onetti 2009. Prólogo a la Segunda Edición”. *Onetti. Los procesos de construcción del relato*. Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2009, pp. 9-14.
- _____ *Aquí América Latina. Una especulación*. Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2010.
- _____ Entrevista por Leonel Cherri, 2014, inédita.
- Nofal, Rossana. *Cuentos de guerra*. Prólogo de Ana Longoni. Vera cartonera, 2022.
<https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/catalogo/>
- Panesi, Jorge. “Diques, flujos y fronteras (episodios de la teoría literaria en el pensamiento de Jacques Derrida)”. *Entre Nietzsche y Derrida*. Lanús, La cebra, 2013, pp. 113-125.
- Paz, Octavio. *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Podlubne, Judith. “La lectora moderna. Apuntes para una biografía intelectual”. *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina*. e(m)r, 2013, pp. 7-62.
- Schwartzman, Julio. Consulta por Analía Gerbaudo, 2019, inédita.